

Cartier Bresson

Julio Torri

Fotografiar chimeneas o rascacielos, proyectados de preferencia sobre cielos tempestuosos, es un expediente bastante socorrido por quienes buscan el fácil aplauso del vulgo, cuyo natural buen gusto estragan por hoy principalmente los traficantes del cine.

Cartier omite esta nota de sensacionalismo barato, ni hay tampoco en su arte —de rara probidad— las consabidas alusiones a la política del momento como tampoco persigue efectos de un exotismo anacrónico.



En estas fotos busca el autor como artista sincero su propia y honda complacencia, antes que nada. Aspectos de la vida cotidiana, escenas callejeras en torno a una tienda de lona; pilluelos andaluces que en empinada callejuela adoptan actitudes obscenas ante el objetivo, actitudes que parecen pasos de danza, sin salacidad; prostitutas mexicanas que asoman sus cabezas por las estrechas portezuelas a que las ha reducido la inhumana Diké municipal; obesa negra, en un café del barrio chino de Barcelona, que en contraste con la sonriente cara, alza las manos, delante de una mesa cubierta de sifones. (LE CRAPOUI-

LLOT, en abril de 1934 reprodujo esta fotografía).

Acaso en nuestro país ha logrado Cartier Bresson sus mejores instantáneas.

Algo se podría decir de las limitaciones a que está sujeto el arte de la fotografía. Entre la visión humana de un paisaje y la imagen fotográfica de éste media largo trecho. Esta reproduce pormenores que en la imagen rápida del espectador no existen, o cuentan poco. Otras veces los procedimientos fotográficos nos alejan de la primitiva materia de nuestra contemplación. El mérito del buen fotógrafo estriba pues en imponer las modalidades personales de nuestra visión a través de estos medios mecánicos e inertes... o en aceptar las deformaciones de la cámara como elementos para crear una nueva versión, impregnada de irrealidad.

En su laudable probidad, trabaja en los últimos confines de su arte, proponiéndose los problemas más difíciles. Con el más fiel de los aparatos para captar la realidad Cartier consigue dejar en el ánimo la turbadora sensación de la irrealidad. Los brazos de los bañistas se cubren de escamas de luz como aletas de sirenas. De un grupo de mujeres enlazadas emerge una larga pierna fina, irreal en su luminosidad lunar. Una pirujita ostenta una máscara por rostro, con los ojillos casi cerrados y las pestañas ralas y tiesas.

Uno de los más preciosos ejemplares de la colección es una cabeza de perfil de joven negra. Cabeza de gran pureza de líneas y de una femineidad exquisita.



Ambas: Henri Cartier Bresson, México, 1934. Col. Fundación Henri Cartier Bresson

Fuente: Políptico de la exposición *Fotografías: Cartier Bresson-Álvarez Bravo*, México, Palacio de Bellas Artes, del 11 al 20 marzo 1935